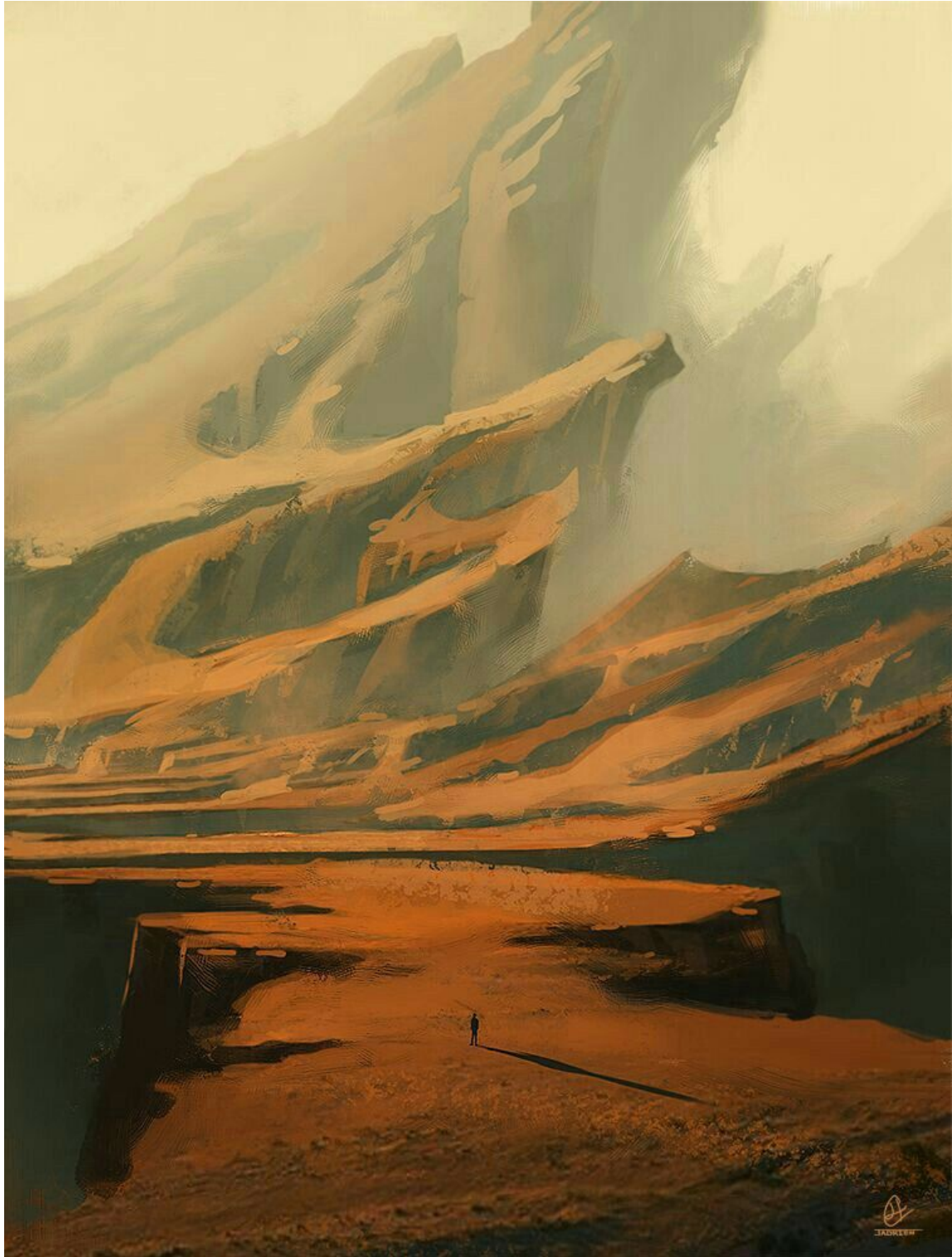


# El Viaje

D. Dorada



# Capítulo 1

## El Viaje

Llevaba caminando una eternidad. Ya no recordaba cómo había llegado ahí ni cuándo. Solo sabía, o más bien intuía, que aquel desierto tornasol, existía hace milenios. Probablemente, si no fuera por el traje que llevaba, habría muerto de calor hace rato. La arena de tonos anaranjados se le metía por entre las zapatillas causándole incomodidad y la brisa que de repente se levantaba, trayendo diminutos granos de arena, le picaban la cara como si fueran mil agujas.

En ese lugar no había nada. Absolutamente nada. Solo la arena cambiante y el firmamento con sus tres soles y tenía sed. Mucha sed.

De un momento a otro, sus piernas no le respondieron más, haciéndole caer de rodillas. Un mareo nauseabundo le subió desde el estómago a la garganta y de la garganta a la cabeza. Miró el cielo rojo y se dejó caer sobre la arena con un ruido sordo. La tibieza del suelo la hizo sentir peor. Desdichada. Ya no quería estar ahí. Ya no quería vagar sin un rumbo. Esperando a que la suerte y la vida se apiadaran de ella. Ya no quería sobrevivir a las inclemencias del destino. Estaba harta, pero aquel desierto era lo único que conocía. Lo único a lo que parecía preparada a aguantar.

La arena comenzó a cubrirla, de a poco, lentamente. Formando montículos sobre su cuerpo, difuminando los bordes de lo que antes fue una persona. Volviéndola parte del maldito desierto. Borrándola.

Delante de sus ojos, la mirada comenzó a volverse nebulosa, transformando el paisaje en una mancha casi incolora. Pronto, solo quedaría el recuerdo de que alguna vez fue alguien, y después, ni si quiera eso sería verdad.

¿Acaso antes de cerrar los ojos vio lo que parecían unas siluetas? Luego, solo quedó oscuridad.

De pronto, el suave calor de lo que parecían unas manos, se dibujó donde antes hubo unos hombros. La acunaron como a un bebe, la abrazaron tiernamente y sin previo aviso, la sacaron de aquella oscuridad asfixiante.

Con una enorme bocanada, infló aquellos pulmones de aire. El oxígeno se sintió como una cuchillada fría sobre el pecho, frío que la devolvía a la vida bruscamente, como un parto. Pero a medida que las células de su cuerpo se oxigenaban de nuevo y el cuerpo se volvía a calentar, respirar se volvió una dulce comodidad.

Sus ojos tardaron en acostumbrarse al brillo del entorno. Parecía que los había cerrado hace cientos de años, sin embargo, poco a poco, logró comprender que se encontraba aún en el desierto, pero ya no se encontraba sola.

Frente a ella, se encontraba una muchacha vestida con un sari de color rojo y dorado. De piel del color de la miel, mirada profunda y penetrante. Y sosteniendo su espalda con dulzura, se hallaba un hombre vestido de blanco. Aquel sujeto tenía la mirada más apacible y compasiva que pudo haber visto jamás. Parecía que tenía miles de años, pero todo su cuerpo irradiaba jovialidad.

La muchacha juntó las manos, como si fuera a recibir algo y en ese instante, un pequeño punto de luz comenzó a brillar sobre ellas, de la cual surgió una gota de agua que creció hasta el tamaño de un puño. La muchacha le miró y suavemente acercó la gota de agua flotante hasta sus labios.

Ella, dudando un momento, comenzó a succionar y no se detuvo hasta que bebió toda el agua. Aquel líquido refrescó cada célula de su ser. Le caló hasta el alma, insuflándole una energía renovada. Agradeció con un gesto de su cabeza aquel acto de bondad.

De pronto, dentro de su cabeza, escuchó la voz del hombre a su lado:

--¿Puedes levantarte?

De una forma que desconocía, aquel sujeto formaba los sonidos dentro de su mente, pero jamás movía los labios.

Ella asintió y acto seguido la ayudaron a levantarse con cuidado y le limpiaron la arena acumulada en su traje.

La travesía recién comienza, viajera. Debemos seguir hacia adelante. Te ayudaremos a encontrar lo que buscas— volvió a decir en su mente aquel

hombre y se dispuso a caminar en dirección al ocaso.

La muchacha también comenzó a caminar.

Finalmente ella decidió hacer lo mismo. ¿Qué más podía hacer? Le habían salvado, le habían devuelto la vida cuando se hallaba perdida. Sola, no llegaría lejos, pero ahora, por algún motivo, sentía que aquellas personas, la llevarían a donde necesitaba. Pero, ¿dónde era eso?

Después de un rato de caminar, el hombre se detuvo más adelante. La muchacha y ella, más atrás, hicieron lo mismo.

De pronto, el hombre se giró súbitamente y con el horror en su rostro gritó:

--¡CUIDADO!

En ese instante, la viajera comenzó a ver como unos tentáculos negros salían debajo de sus pies, sujetándola. Absorbiéndola. Devolvió con terror la mirada, implorando ayuda. Los tentáculos, con una rapidez colosal, la succionaron hacia el fondo...

Despertó.

Bárbara abrió los ojos. Confundida, mareada y con un dolor de cabeza incipiente, se levantó de la cama, apagó la alarma de su celular y se dispuso a arreglarse para ir a trabajar.

Su vida llevaba años siguiendo la misma rutina, cada vez más monótona y decadente. Cada vez más compras inútiles, más horas extras al mes, más sesiones de psicoanálisis, cigarrillos y alcohol. Cada vez más "blackouts".

Caminó por el boulevard. Los autos de siempre, las mismas personas

apuradas. El mismo vagabundo pidiendo dinero en la esquina de siempre.

De pronto, alguien chocó con ella, volteándola. Miró con ojos extrañados a una muchacha vestida de rojo y dorado. Se detuvo un segundo, miró hacia un lado y notó que había un café nuevo llamado "Le désert". Tuvo una corazonada, miró su reloj. Aún tenía tiempo.

Se acercó a la caja, miró el menú y pidió un café para llevar.

Esperó.

Escuchó su nombre, buscó su café y justo cuando se volteaba para irse, el barista le dijo:

--¡Que tengas buen día, viajera!

En ese instante, recordó.

En ese instante supo, que ya nada sería igual en su vida.